

Con Borges

por

Carlos Cortínez

“Por todo el continente anda mi nombre; No he vivido. Quisiera ser otro hombre”

(*Emerson, J. L. Borges*).

Entrevistar a Borges era más de lo que me había propuesto al emprender el viaje de 2.000 kilómetros desde Valdivia hasta su Buenos Aires.

Me bastaría verlo caminar por las calles —pensaba anticipadamente—; asistir quizá a alguna de sus periódicas conferencias; tal vez tener, como otros la han tenido, la oportunidad de ayudarlo a cruzar una calle...

Al entrar por primera vez a su despacho en la Biblioteca Nacional ya había cumplido, en cierta medida, mi propósito, porque mientras le esperaba en la antesala salió acompañando a un amigo hasta la puerta y, en ese momento, la secretaria le alcanzó el teléfono. Ahí, a escasos metros de mi asiento, lo vi por primera vez, lo escuché conversar y, no obstante mi agitación interior, hubiera deseado prolongar ese momento indefinidamente. Creo que un escritor verdaderamente grande revela su grandeza no sólo al realizar sus actos más notorios, cada gesto suyo lo transparenta. Así lo contemplaba por primera vez, frágil y pulcro, nervioso y apacible a la par, exacto en su ademanes, cálido en el trato, tímido. Aunque la conversación que él sostenía telefónicamente era de rutina (ciertos detalles relativos a una conferencia que daría sobre la novela policial en algún día próximo), mi posición era privilegiada pues mi

anonimato no le incomodaba, nada necesitaba preguntarle y podía postergar cualquiera declaración admirativa hacia su obra.

Afortunadamente al recibirme me eximió Borges de tal obligación pues inició de inmediato una conversación vivaz, casi diría un monólogo. Me preguntó por varios escritores chilenos, entre ellos por María Luisa Bombal, Salvador Reyes e hizo recuerdos muy claros de Vicente Huidobro y de Gabriela Mistral. No se piense que se trataba de una conversación metódica pues de pronto intercalaba algún comentario sobre Kipling y la extraña modalidad de éste de entregar juntos un cuento y un poema, necesarios recíprocamente para su cabal comprensión. También habló del peronismo, contó anécdotas graciosas ("Los diputados peronistas se disculpaban diciendo que eran peronistas para robar, no porque les pareciera bien el régimen"), y otras ya más trágicas sobre esa época histórica tan controvertida ("El régimen parecía operar así: a los funcionarios se les permitía, recién asumidos, un pequeño delito, comisión ilícita ó coima, un pequeño desfalco que era ampliamente documentado, testimoniado . . . y perdonado. Pero el hombre quedaba así en las manos de Perón"). Del régimen político actual de la Argentina ("Veo a la Argentina desintegrándose. Los métodos democráticos nos llevaron a Perón. La gente elige mal. Ahora tenemos militares que son unos burócratas, no han estado en su vida en una guerra. Desde 1880 en que Roca realiza la campaña del desierto, no han hecho nada más"), de su programa en la cátedra de Literatura Inglesa ("Como profesor sólo exijo de mis alumnos que sitúen a los autores dentro del siglo que les corresponde, antes o después de otros. ¿Cómo les voy a pedir la fecha en que nacieron, si ni yo sé la de mi propio nacimiento? Y si se les exige la fecha de la muerte, también se quiere que sepan de un autor más de lo que sabía él de sí mismo"), etc.

La conversación de Borges es apasionante —y en esto hago abstracción de mi admiración literaria— es ágil, irónica, chispeante. Y de inmediato se aprecia ese pudor suyo de impersonalizarla, de alejar-





la de sí mismo. No es necesario pues, decirle a qué ha ido uno, qué quiere de él o cuánto lo admira. Tampoco él se queja de la crítica o de sus editores, de incomprendiones u hostilidades, ni participa sus proyectos personales, ni siquiera los literarios. Su actitud permanente es la de restarle importancia a todo lo que le concierne.

Le anunciaron de pronto que cierta persona que él esperaba había llegado y comprendí que mi entrevista debía concluir. Había estado media hora con Borges, era más de lo que esperaba. Pero quizá qué malos hábitos nos tienen acostumbrados a esperar el rasgo personal en aquellos que conocemos, ese gesto que nos abra una ventana a su intimidad. Y yo, como si toda la poesía de Borges no estuviese ahí en sus textos, generosa y permanente, esperaba secretamente algo más. En ese momento pensé en este trabajo, casi como un pretexto para prolongar su trato y ya levantándome me atreví a exponerle mi proyecto de entrevistarle para una publicación de mi país. Aceptó de inmediato y convinimos una fecha. Al despedirme, como si él hubiese adivinado mis pensamientos de ese minuto, me dijo sonriendo:

—Bueno, hasta el lunes... Espero estar menos anecdótico ese día...

Las preguntas que transcribo más adelante se las formulé verbalmente a Jorge Luis Borges en una sala de la Biblioteca Nacional en la tarde del 17 de julio de 1967. Asistieron también a la entrevista un escritor argentino, común amigo nuestro, Félix Della Paolera; Silvia Etchebarne, alumna de Literatura en la Universidad de Buenos Aires, y el fotógrafo Andy Goldstein. Por un desperfecto técnico no me fue posible grabar la conversación en cinta magnética, pero aunque tuvo Borges la suficiente paciencia como para permitirme copiar calmadamente su respuestas, no deben éstas ser consideradas rigurosamente textuales. No sólo las inflexiones de su voz; las pau-

sas, la vivacidad y el énfasis de ciertas respuestas son difícilmente transmisibles. Consigno, no obstante, que estuvo todo el tiempo de excelente humor y respondió a cada pregunta en forma casi instantánea, a excepción de la pregunta relativa a Dios en la que recogió visiblemente su expresión y demoró algo su respuesta.

Recordando su pasado ultraísta se me ocurrió pedirle que se definiese inventando alguna metáfora. No obtuve, como se verá, una respuesta. Insistí, creyendo que me había mal entendido. Pero no era así, hizo un gesto rápido y me dijo: "no vale la pena".

Al terminar la parte formal de la entrevista le conté a Borges que mientras viajaba hacia la Biblioteca consulté al taxista qué pregunta le haría él a Borges si tuviese la oportunidad de entrevistarlo.

—¡Qué le voy a preguntar...! —exclamó— ¡Le diría que es muy linda, che...!

Salvia, mi acompañante bonaerense, me explicó después la confusión: hay una artista de cine y televisión argentina que ha adoptado el nombre de Graciela Borges para su trabajo.

Borges rió con la anécdota y le preguntó a Della Paolera si la conocía.

—¿Y es buena actriz...? No, no —se contestó rápidamente a sí mismo— verdad que dicen que es bonita... Sería un exceso... ¿no?

Aunque las líneas precedentes bastarían como exordio, no me resigno a mutilar este breve retrato del escritor dejando de lado algunos recuerdos adicionales.

Tuve en esos días de blando invierno la oportunidad de acompañarlo desde la Facultad de Letras, donde finalizaba de tomar algunos exámenes, hasta el edificio de la Biblioteca. Se quejaba de

un alumno al que acababa de examinar y que, consultado sobre los cuentos de Hoffman, relató sus argumentos.

—Me parece absurdo. Eso debe darse por entendido. Debe haber algo personal en lo que se responde...

—A mí no me gustan los cuentos de Hoffman —me confesó a continuación—; de pronto aparecen chorizos u otras vulgaridades que nada tienen que hacer allí. Además, comienzan en cualquier parte...

Interminable sería reproducir aquí la multitud de anécdotas y comentarios, casi todos referidos a la literatura inglesa, que escuché en ese trayecto de labios de Borges. Es conocida la versación, diré mejor la pasión, de Borges por libros y autores, de modo que no constituye novedad saber que habla de Conrad o de Wells con la misma familiaridad y simpatía con la que podría hablarnos de sus mejores amigos. Pero me sorprendió al recomendarme una película a la que había asistido en la noche anterior. No pude evitar preguntarle si acaso él entonces *veía* cine.

—No —me dijo— no veo nada. Pero las escucho. Me pierdo bastante porque demoro en reconocer las voces de los autores. Pero más me perdería si me quedase en mi casa...

Anoto también que después de haber recorrido el taxi un trayecto considerable, digamos 15 o 20 cuadras, en una de las tantas esquinas donde fue detenido por un semáforo, interrumpió Borges su conversación para hacerme una observación relativa a una iglesia colonial que me señaló con el dedo. Olvidé su acotación, que era ocasional, pero tuve en ese momento la certeza de que la ceguera, casi total, no le ha alejado del mundo exterior. Como un diestro ajedrecista, mantiene en su interior perfectamente cuadrículado el universo —y bien situados sus trabajos— y puede simultáneamente ofrecernos el don de una apariencia benigna, casi distraída.

Vive en un edificio céntrico, en la calle Maipú. No hay en el departamento nada espectacular: una suave penumbra, muebles antiguos, sillones confortables, un armario con libros, todo en un orden no escrupuloso, amable. En un rincón hay un escritorio muy pequeño de madera noble y de aspecto incómodo. Cuando le pedí autorización para fotografiarlo en su lugar habitual de trabajo fue Borges directamente a un diván próximo a ese escritorio y se reclino en él. Con una expresión de simpatía inolvidable, mientras era enfocado, comenzó a recitar con una voz deliberadamente engolada:

*¡Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido,
y sigue la escondida
senda por donde han ido
los pocos sabios que en el mundo han sido!*

Después de recitar dos o tres estrofas del célebre poema (recién, hablando de la ignorancia de ciertos editores norteamericanos relativa a literatura hispánica, me había contado que a uno de ellos le interesaron algunos versos muy conocidos de Fray Luis que él había deslizado en una conferencia. Al término de ella se le acercó para preguntarle quién era ese tal Fray Luis. Borges le contestó que era un autor español, joven y promisorio. "No le mentía... —me dijo, como disculpándose de su travesura— alguna vez Fray Luis habrá sido joven y, por cierto, promisorio... Pero me hizo mucha gracia ver al editor afanarse anotando en su libreta el nombre de este autor de condiciones tan prometedoras"), continuó recitando con la misma voz forzada algunas estrofas de un poema en inglés, luego hizo otro tanto en francés, en alemán y en otros idiomas que no logré distinguir. Al cabo de un rato se detuvo:

—Ya no me quedan idiomas... y ¡a Ud. todavía le queda película!

Entretanto había aparecido, muy suavemente, un personaje casi

imperceptible, su madre, que fue a instalarse, a petición mía, en el escritorio antes aludido. Allí adoptó una posición estática y sonriente, tomó una lapicera y algunos papeles y mantuvo rigurosamente inmóvil la actitud de estar escribiendo lo que su hijo dictaba desde su descansada posición.

La conversación de Borges fue esa tarde tan variada como en las anteriores oportunidades. Habló de payadores y milongas, de la juventud actual y de la desvalorización monetaria, de Eandi —el corresponsal de Neruda en los años de las *Residencias*—, de la censura, de *Bomarzo*, de Bernard Shaw, etc.

Su madre atendía alerta y cada tanto intercalaba observaciones muy justas. Paulatinamente me fue ganando esta señora tan suave y firme, dueña de una mirada muy clara llena por igual de sabiduría y bondad.

Me resultó conmovedor presenciar una relación tan viva entre madre e hijo. Después de larga vida en común, aún conservan el uno para el otro zonas de misterio, de acuerdos y discrepancias y, notoriamente, ¡cuánto afecto!

No recuerdo cómo la conversación derivó hacia las creencias religiosas de cada cual. Entonces ella me declaró su fe con una simplicidad no exenta de dramatismo. Sin alterar su voz ni sus ademanes, serenos, majestuosos, me contó un sueño que ella tuvo cuando murió su padre: él se le acercaba, muy fatigado, y le aseguraba, de un modo que no ha podido olvidar, que Dios existe. Su relato, del que he omitido los detalles, fue, en todo caso, de una sobriedad espeluznante. Hablaba como para sí misma aunque mirándome muy fijamente, con un lenguaje exacto, sin rebuscamientos. Me transmitía simplemente su verdad. Dos o tres veces fue interrumpida por su hijo que oponía las razones de su escepticismo. Era paradójico oír a Borges desconfiar de la seriedad de los sueños. Tuve la impresión de que objetaba sólo para no dejarse convencer por la belleza del relato de su madre. En una de esas, ella sin molestarse pero con la superioridad del creyente lo hizo callar:

—¡Deja Georgie, tú no piensas en estas cosas...!

Mientras tomábamos el té la charla dio todavía otra posibilidad de disputa intelectual a mis anfitriones. En tanto que Borges ponderaba algún aspecto del *Martín Fierro*, su madre lo rebatía en favor de *Don Segundo Sombra*.

—No se sorprenda usted —me tranquilizó la madre en una pausa— este es otro de los temas sobre el que siempre discutimos. ¿Verdad Georgie?

Antes de irme, quiso ella mostrarme algunas condecoraciones conferidas a su hijo. Me enseñó una pequeña figura de ónix y oro, muy hermosa, otorgada junto a un premio literario italiano, y de una caja, con infinito cuidado, extrajo algunas medallas y collares. Borges no disimulaba su incomodidad por esta debilidad sentimental de su madre.

—No lo fastidies, madre... ¡Regálale esas latas!

—Siempre que las nuestro protestas, pero acuérdate Georgie lo emocionado que estabas cuando la Reina Isabel te las colgó en el pecho...

*

Transcribo a continuación, lo más fielmente que me ha sido posible, la entrevista a que ya he aludido. He agregado también, como apéndice, un poema de Borges relacionado con algunas de sus respuestas. El último de ellos —*El laberinto*— estaba inédito en la época en que realicé la entrevista. Confío en que, si ya ha sido publicado, esta circunstancia no lo hará desmerecer ante sus lectores.

1. ¿Cómo se resigna un escritor a la gloria?

—Sólo podría dar respuestas conjeturales. Tal vez en otra reencarnación... si los pitagóricos me permiten... Más bien habría que preguntarle a alguien que hubiera sufrido la experiencia.

2. ¿Por qué ha condescendido a las milongas?

—No he condescendido. ¡Me he elevado a ellas! Pero no soy yo quien las ha escrito. Son todos los criollos que llevo en la sangre.

3. ¿Siente hoy la literatura con la misma urgencia que a los 25 años?

—Sí. Con igual urgencia y mayor remordimiento.

4. ¿Ha escrito *el poema*?

—No, felizmente. Y eso justifica que siga viviendo. Aunque lo hubiera escrito no me habría servido para nada. El poeta es un amanuense o instrumento casual para el poema que se escribe.

5. ¿En cuál ha estado más próximo?

—Vacilo entre un soneto, *Spinoza y Límites* (el extenso) o *El Golem*, y por qué no, algunas de las milongas... Pero es inútil, cuando pienso en alguno ya prefiero otro, sobre todo si es de otro escritor.

6. ¿Qué adjetivos, laudatorios o críticos, asignados a su obra le han parecido justos?

—No recuerdo los adjetivos. Creo ser víctima de una generosidad excesiva y temo que algún día se descubra el escaso valor de lo que he escrito.

7. ¿Cómo concibe a Dios?

—Como algo o alguien infinitamente lejano hacia el cual nos acercamos vanamente.

8. ¿Por qué *vanamente*?

—Porque lo más probable es que si ese encuentro se produce no lo entenderíamos y a Dios no le interesaríamos en absoluto. Un santo o un hombre de genio han de parecerle tan insignificantes como un pecador o un imbécil.

9. Si recuperara su fe en el ultraísmo, y con él su amor por la metáfora, y tuviera que escoger una para definirse ¿cuál usaría?

—Aunque no me definan, elegiría una metáfora celta que llama a la batalla "tejido de hombres" o una persa que define a la luna "espejo del tiempo". Seguramente las elijo porque son muy lindas... Es mejor la segunda... ¿no es cierto?

10. ¿Qué tolera menos, lo anecdótico o lo confidencial?

—Yo diría que me agradan las anécdotas porque aunque sean históricamente falsas son simbólicamente verdaderas. Lo confidencial en un escritor debe darse en la entonación, en el tono y no en lo que refiere.

11. ¿Qué acto suyo cree que lo simboliza mejor?

—Contestaré prematura y proféticamente: el haber muerto.

12. ¿Pero usted Borges, no es inmortal?

—Aceptaría la inmortalidad a condición de olvidar todas las circunstancias de esta vida, incluso el nombre. No quiero seguir siendo Borges. Aunque tal vez me obligarían a ello.

13. ¿Qué otro *aleph* conoce?

—El universo. Todo el universo en todos los puntos, en cualquier momento.

14. ¿En qué lugar del mundo le gustaría vivir si fuere eximido del localismo?

—En Buenos Aires, evidentemente. O en Adrogué...

15. ¿Cree usted verdaderamente en la fábula de que hay varios Borges?

—¡Y... habrá! En todo caso hay demasiados.

16. ¿Qué elemento de la naturaleza le impresiona más?

—Yo creo que la llanura. Sí, el espacio. El aire que tiembla en los eucaliptos, ese árbol nacional de Adrogué, traído de Australia, exótico como todo lo nacional.

17. ¿Cree usted que exista incompatibilidad entre un destino literario y el de un buen-padre-de-familia?

—No. Ninguna.

18. ¿Se siente usted universal?

—No. Estoy demasiado atado a ciertas circunstancias y hábitos. Cuando viajo me siento muy argentino; aquí, menos.

19. ¿Qué personas le han impresionado más en su vida?

—Fuera de algunas mujeres, mi padre, el pintor y visionario

Xul Solar, Macedonio Fernández, el escritor judeo-andaluz Rafael Cansinos-Assens.

20. La ceguera, ¿ha significado algún cambio para su vida interior o es un mero episodio físico?

—La ceguera me ha enseñado a pensar más, a sentir más, a recordar más y a leer y escribir menos.

21. ¿Es usted un tímido?

—Sí. Soy muy tímido pero he comprobado que la timidez no tiene mayor importancia y que no excluye la temeridad.

*

EL LABERINTO

*Zeus no podría desatar las redes
De piedra que me cercan. He olvidado
Los hombres que antes fui; sigo el odiado
Camino de monótonas paredes
Que es mi destino. Rectas galerías
Que se curvan en círculos secretos
Al cabo de los años. Parapetos
Que ha agrietado la usura de los días
En el pálido polvo ha descifrado
Rastros que temo. El aire me ha traído
En las cóncavas tardes un bramido
O el eco de un bramido desolado.
Sé que en la sombra hay Otro, cuya suerte
Es fatigar las largas soledades
Que tejen y destejen este Hades
Y ansiar mi sangre y devorar mi muerte.
Nos buscamos los dos. Ojalá fuera
Este el último día de la espera.*

JORGE LUIS BORGES

1967